

José Francisco Rodríguez Latorre*

Filodormía

El arte de provocar sueño dictando clases de algo parecido a la filosofía

Filodormía (philo-sleepness):

the art of inducing sleepness teaching something like philosophy

Resumen. El reto verdadero para los profesores de filosofía no es dar grandes cantidades de contenido a nuestros estudiantes, ni enseñar las teorías abstrusas y oscuras. Nuestro reto es mantenerlos despiertos en clase, atentos a lo que la filosofía puede decirles para sus vidas, y evitar hacer de la filosofía algo tan lejano y aburrido que nadie, además de nosotros mismos, decida aproximarse a ella.

Palabras clave: enseñanza de la filosofía, maestros, preguntas, sueño.

Abstract. The real challenge for philosophy teachers is not to give our students huge amounts of contents, nor teach them obscure and abstract theories. Our challenge is to keep them awake in class, open to see what philosophy has to offer to their lives and preventing philosophy from becoming something so distant and boring that nobody but ourselves would decide to approach.

Key words: philosophy education, teachers, questions, sleepness.

Veamos la forma como los filósofos enfrentan uno de los problemas más recurrentes en el aula durante las clases de filosofía. Es muy común ver a los colegas en los Foros sobre la enseñanza de la Filosofía en Colombia, los convocados en Tunja y en Bogotá, entre otros, ocuparse de temas tales como: *Por qué enseñar Filosofía en Colombia* o *La presencia de la Escolástica en la Filosofía de mitad de siglo* o *Filosofía y sociedad*, y qué sé yo cuántos temas más. Dejan de lado la cuestión fundamental, el meollo

esencial de la dinámica de la trascendencia, de la inmanencia del ser, de lo universal, que se despliega en la idea de la negatividad envolvente, a saber: ¿Por qué se duermen los muchachos en clase de Filosofía?. Asunto alarmante para cualquier persona con una mediana sensibilidad pedagógica y con los oídos destapados.

Si encuestamos a los bachilleres, en ejercicio o recién llegados a la universidad, encontraremos que entre la clase de filosofía y la de cálculo existe una relación similar a la que se presenta en el directorio telefónico, entre los apellidos Rodríguez y González. Por cada tres Rodríguez hay un González.

* Director de la Revista de la Universidad del Rosario.
frarodri@urosario.edu.co

Por cada tres que se duermen en filosofía, uno se duerme en cálculo. En un salón de cuarenta primíparos preguntemos cuántos se durmieron alguna vez en clase y con toda seguridad levantarán la mano treinta y cinco. De esos, algunos se durmieron en más de una clase y otros apenas en una. Haciendo las cuentas, fácilmente 15 conciliaban el sueño en clase de filosofía, o en clases afines con tan humanística materia, como la ética y la democracia; aunque la filosofía solita los podía dormir a todos. Y en promedio unos cinco lo hacían en cálculo. Si extendemos las cuentas hasta llegar a la clase de educación física, encontraremos que allí nadie duerme, por razones obvias.

Ni en las peores clases de álgebra y trigonometría bostezan tanto como en la clase de la Reina de las Ciencias. Ese es el problema de la filosofía como ciencia: resulta mortalmente aburrida para los adolescentes.

La pregunta que deberíamos plantearnos es, como diría Kant hablando de otra cosa: ¿Cómo es todo ello posible, empero, por principio?

Más duro de asimilar aún que este problema pedagógico, es el metaproblema docente que lo acompaña: ¿Cómo es que los maestros no se dan cuenta de esta situación? ¿Cómo es que no oyen ni ven los ronquidos de sus estudiantes? O, ¿cómo es que sí los ven y se hacen los de las gafas negras? ¿Cómo es posible que los maestros no se toquen con esta situación? ¿De qué están hechos para que su sensibilidad no se interpele? ¿Malas las gafas? ¿Meditación trascendental a toda hora? ¿No aterrizan? ¿Somos tontos? Francamente desconcierta la indolencia.

Se me ocurre una hipótesis elegante para explicar el fenómeno: Los maestros, para eludir la vergüenza de enfrentar esta situación, nos inventamos problemas trascendentes, o trascendentales, o trascendentalizables, o qué sé yo, que nos ponen a salvo de la triste realidad. Nos quedamos en la teoría pura de los estilos cognitivos, de los modelos importados, de la relación constructivista entre educador y educando, etc., sin llegar a ver los ojos juveniles entornados delante de nuestras narices.

Pero como el metaproblema es aun más difícil de resolver que el problema de origen, y de paso es más elegante, bien vale la pena plantearle otro metaproblema al metaproblema, creando así una teoría de los tipos. No la teoría de los tipos lógicos de Russell, sino la de esos tipos que enseñan en los colegios.

Meta-metaproblema

¿A quién plantearle el metaproblema? Es decir, ¿en qué instancia indagar, de modo que nos situemos en la senda de su solución? ¿A los maestros? ¿A los Alumnos? ¿A los rectores? ¿A la sociedad? ¿A la sociedad de los poetas muertos? ¿A Varta? ¿A Eveready? A ver si nos ponemos las pilas. ¿Al Buda que reniega la física kinética? ¿Cinglaremos entonces con rumbo al precipicio, con rumbo al precipicio y a la nada hipotética?

Corolario I

No todo es malo todo el tiempo. Por lo que uno ve, cada día hay mejores profesores de filosofía. Gente apasionada que se gana el aprecio de los adolescentes y los lleva por la ruta del pensar autónomo. Es verdad, y hay que decirlo. Pero pienso que la disimilitud Rodríguez-González sigue primando en la relación de porcentajes entre maestros cansones y maestros amenos.

Corolario II

Savater nos los manda entusiasmados y nosotros los aburrimos. Preguntemos cuántos muchachos no han visto una luz leyendo la *Ética para Amador*. Pero en nuestro purismo conceptual de los filósofos académicos, los desinflatamos. ¡Qué más da que Savater no sea Nietzsche, Habermas o Deleuze! Sigamos al pedagogo Ausubel y aprovechemos las preconcepciones que traen los estudiantes para enrutarlos. Pues aunque nos duela, por lo menos el bizco Savater, sin dormirlos, hizo bien su tarea.

A los filósofos se les debe plantear con mayor radicalidad la pregunta pedagógica: ¿Qué enseñar? ¿Lo trascendental o lo vital? Es decir, debemos enseñar lo que nuestros maestros puristas educados en Alemania aprendieron que era lo más importante y decantado del pensamiento universal. O enseñaremos lo que la sensibilidad de nuestros alumnos reclama. Pues lo germano no siempre se entiende, Kant, Hegel, Heidegger, Fichte están escritos en lenguaje cifrado. A despecho de que los alemanes enseñen poca filosofía en sus colegios de secundaria, siguen produciendo una gran cantidad de filosofía de exportación.

Debemos enseñar idealismo alemán, postmodernismo francés. O nuestro deber no es acaso presentar a Platón, a Séneca; algo de Bacon o de Hume; un poquito de Voltaire, mientras los muchachos y muchachas le cogen el gusto a una materia que de por sí, en muchas tardes de viernes, resulta fatigosa. Lo demás vendrá solo, por su propio encanto. O no vendrá. Casos se han visto. Pero por lo menos se les da el chance de que se lean algo interesante, grato y hasta valioso, antes de agobiarlos y aburrirlos con tanto pensador ceñudo.

La pregunta esencial de la filosofía se puede plantear en la versión de Aura, mi esposa (aunque más que una pregunta, es una exclamación, una admiración. Pongamos pues los signos correspondientes): “¡Cómo es posible que siendo la filosofía algo tan hermoso, tan de la vida de cualquier persona, que debiera interesar a todo el mundo, y de hecho interesa a todo el mundo, se haya vuelto tan pesada! ¡Cómo se dieron mañas ustedes los profe-

sores de filosofía para sacar corriendo a tanta gente, al punto de desarrollar una reacción negativa en su auditorio!”. No más oír filosofía y la gente se pone en guardia, se pone mal.

Savater decía en una entrevista para *El Tiempo* que a la gente le gusta la filosofía, pero les disgusta los filósofos; no todos, (él mismo es la excepción, aunque no lo diga) pero sí la mayoría. Y esto nos lleva al problema de cómo fueron educados los filósofos y cómo pretenden educar a sus pupilos. Los líos de la pureza del lenguaje y demás. De ñapa los medios de comunicación, la tele, el cine, el porno moldean los valores de los jóvenes por fuera de los colegios. A veces dentro. Qué le vamos a hacer, y los filósofos ni nos damos por enterados.

En resumen, tenemos que el problema está en el sueño de la clase. Y en la vigilia está la solución.

Y así podríamos continuar presentando y, tal vez, resolviendo el problema central de la pedagogía filosófica, pero en esta ocasión mi intención es señalar un problema real que a despecho de Tamayo no tiene nada que ver con la concepción pedagógica que se maneje ni con las tendencias de la pedagogía aquí o allá, sino que está íntimamente ligado al sentido de la vista y del oído, pues ni vemos ni oímos los ronquidos.

Es muy curioso que nos quede más fácil teorizar en sentido universal sobre los temas y problemas de nuestro campo profesional que tratar de lanzar una mirada propia sobre un descubrimiento tan ligado con nuestra labor de profesores. Ojalá que en el próximo encuentro de profesores el sueño sea tema de discusión, no una realidad replicada.

Bibliografía

RODRÍGUEZ L., J. F. (2003). “Argumentación para principiantes”. En: *Cuestiones de Filosofía*, No. 3, Tunja.
_____. (2004). “Leer, escribir, argumentar”. En: *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, No. 591, Bogotá.

SAVATER, F. (1992). *Ética para Amador*, Barcelona, Círculo de Lectores.
_____. (1992). *Ética como amor propio*, Madrid, Mondadori.
_____. (1993). *Política para Amador*. Barcelona, Círculo de Lectores.

ARTÍCULO RECIBIDO EL 25 DE JULIO DE 2005 Y APROBADO EL 7 DE OCTUBRE DE 2005